

la
SOMBRA
del
AMOR



ANTERO
JIMÉNEZ ANTONIO



publicatustibros.com

LA SOMBRA DEL AMOR

Antero Jiménez Antonio

© 2006. Antero Jiménez Antonio
Todos los derechos reservados.

© Portada diseño Íttakus (www.ittakus.com)



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor/a.



LA SOMBRA DEL AMOR

Hay quien dice que las montañas sólo tienen vida cuando pueden ser acariciadas por las manos tórridas del sol. Cuando pueden iluminarse con destellos fulgurantes de los miles de tonos que el día configura, sobre las grises rocas, en su mudar horario.

Yo me crié en una montaña gris, una montaña, en la que la luz monotonal rechazaba las sombras; en la que el sol no nacía pero sí se iba muriendo sin asomar su esfera amarilla, siempre embozada en su capa grisácea de nubes eternas. De pulidas rocas con geometría caprichosa, mi montaña empezaba a ser gris en la primavera, seguía siéndolo en el verano y, conforme el otoño avanzaba, al llegar el invierno, mudaba el color al blanco de las sábanas, a un blanco opaco, sin brillo, sin contrastes. El invierno tendía sobre mi montaña su gran manto blanco, tapando con él las hierbecillas que con miles de trabajos se aventuraban a nacer en primavera o en verano.

Vivía en un caserío sólo con mi padre, una yegua, un mulo, dos perros y cinco cabras. Algunos años, también teníamos dos gallinas. A nuestro alrededor todo era silencio, roto, en contadas ocasiones, cuando el viento silbaba desde la ladera este, o cuando los animales emitían sus sonidos naturales. A veces, parecían ponerse de acuerdo para sumirnos en un concierto de variada polifonía: casi siempre empezaban las cabras y pronto se unían los ladridos de los perros, los relinchos de la yegua y el cacareo de las gallinas.

Entretenía la monotonía de mis días ayudando a mi padre en las tareas consistentes en labrar un pequeño terreno junto a la casa, que nos daba un poco de todo, suficiente para mantenernos y dar de comer a los animales.

Aprendí a leer en la escuela de la aldea, a la que todos los inviernos nos bajábamos cuando empezaban a caer las primeras nieves. En esos dos meses más crudos del año era cuando podía tener otros contactos humanos distintos al de mi padre; sin embargo, yo, acostumbrado a la soledad de la montaña, jamás pude adaptarme a la vida social del pueblo. Nunca tuve amigos. Huía de mis compañeros del colegio y, con cualquier excusa, siempre evité acompañarlos en sus juegos... Así, poco

a poco y año tras año, me fui haciendo mayor, encerrado en mi propia soledad, que se acrecentó cuando murió mi padre.

Hacía unos días que había cumplido los dieciocho años. Mi padre se había ido en busca de espárragos, pero nunca volvió. Lo encontraron despeñado en un barranco, con el cuello roto y una gran brecha en la cabeza. La muerte de mi padre fue muy misteriosa porque nadie pudo comprender cómo, un hombre que conocía la montaña como la palma de su mano, había podido caerse por aquella sima.

Desde que aprendí a leer, mi gran afición, en las largas tardes del verano, era devorar libros. Me sentaba, con la silla retrepada sobre la pared del porche, y de esta forma conocí a los más variados personajes de la ficción literaria, de cuyas aventuras quedaba fascinado. De tanto leer, ausente de cualquier otra sociedad distinta a las que se me presentaban en los libros, empecé poco a poco a salirme del ambiente de mi montaña para sumergirme en otras situaciones que mi imaginación me exhibía como nuevas realidades. Así aprendí a jugar con mi fantasía. Así, no sólo conocí otros países distintos, sino que pude vivir otras costumbres, identificarme con sus gentes, y, aún más, fabricarme vidas paralelas en todos los confines del mundo; fui chino en Shangai, Pekín y Hong Kong; monje en el Tibet; recorrí el Mississippi; fui gladiador y mosquetero; esclavo y emperador; cortesano en todas las cortes del mundo.... Mi imaginación no conoció límite alguno para encarnarme en cuantos personajes me mostraban los cuentos y las novelas que yo leía ávidamente. No era una encarnación fantasiosa, era real. Tan real como el antipaisaje que me rodeaba, tan real como mis propias ansiedades. No sé por qué mecanismos de mi imaginación, los protagonistas de mis lecturas tomaban mi cuerpo y yo sus pensamientos. No puedo explicar por qué, las nubes de la montaña se disipaban y al mismo tiempo aparecía, con suavidad, sin sobresaltarme, ante mí, la Venecia de los mil canales, con sus edificios duplicados en sus aguas; o las calles estrechas y recoletas, blancas de cal, con sus palacios y sus mezquitas, de la antigua Bagdad; o se empinaban imponentes las moles de hielo y los lagos – entre azules y verdes –, las montañas de frondosos bosques, de la Noruega de Peer Gynt.... El paisaje cobraba una realidad inusitada surgiendo desde la nada como un mágico espejismo, como un milagro que la naturaleza obraba sólo para mí.

Ante esos acontecimientos, jamás me pregunté si mi pensamiento desvariaba, si había perdido la razón debido a mi monótona y prolongada soledad. No me cuestioné la realidad de mi cordura, como tampoco debatí la otra realidad que cotidianamente se presentaba ante mis ojos, absurda, aburrida y gris. Mi vida estaba

reconciliada con mis propios pensamientos y ellos me llevaban a no dudar de ninguna situación aunque, al común de los humanos, le pareciese absurda. Siempre he pensado que la única realidad existente es la de uno mismo, la que surge de la propia sensibilidad, la que nace con cada una de nuestras percepciones, con cada pensamiento, con cada deseo, con aquellos anhelos que nos embargan aunque aparezcan borrosos o nítidos, cercanos o distantes... ¿Por qué, pues, cuestionarme esa otra realidad que algunos llamarían fantasía?...

La naturaleza, hostil casi siempre a todos los seres humanos, había puesto en mí alas de poeta, porque... ¿qué es la poesía si no es la vida vivida en dimensiones distintas, en dimensiones alegóricas, en continuo contacto con la morbidez subjetiva, con el esplendor que parte de uno mismo y transfigura el entorno?... Sí, yo me sentía poeta aunque jamás hubiera escrito un verso. Poeta, porque era capaz de sumergirme en todo lo que es belleza, porque era capaz de salirme de mi prosaico mundo, para imbuirme en esos otros paraísos que sólo los bellos personajes pueden sentir y vivir como propios... ¿Otros paraísos?, ¿acaso existe alguno distinto al que se describe bajo la propia fantasía?. Los paraísos de mis personajes de ficción. Era poeta, porque era yo mismo el que creaba tantísima magnificencia, tantísimo esplendor, tanta ilusión.

Una noche soñé con mi padre, lo vi irse temprano por la vereda que parte del porche de mi casa y que, en sucesivos tramos, se bifurca en múltiples caminos que llevan a cualquier parte. Lo vi, con la hoz en una mano y un saco colgado en las espaldas. En mi sueño desperté, o desperté de verdad, no puedo saberlo. Desperté, como otras tantas veces, rodeado de un nuevo paisaje que se diluía en la insipidez de mi montaña. Habían desaparecido las nubes.

– Sí que pueden tener vida las montañas oscuras como la mía – me dije.

¿Desperté?... ¡seguro que lo hice!. Interrumpí el sueño para escuchar un ruido que me sobresaltó. Era el sonido cercano de un mochuelo. Se había posado sobre el árbol más próximo a la casa y, con su grito cansino y agudo, seco a veces, más prolongado otras, rompía el silencio de una noche brillante alumbrada por los imponentes cuernos de la luna creciente. Salí a la terraza para sentir el fresco de la madrugada y escuché la queja socarrona de una lechuza que reprendía a la oscuridad pidiéndole el mutismo de su esencia: que callara la noche. Las estrellas, dueñas del cielo en las noches negras, sólo podían verse a lo lejos, allí donde el resplandor de la luna ponía sombras lejanas para que los diamantes de las tinieblas pudieran mostrar su

centelleo... Allí estaba mi padre, con su mirada fija en mí, quieto, mayestático, cubierto de un halo blanco que le hacía resplandecer en la oscuridad relativa de la noche lunada. Sin decirme nada, se volvió y fue alejándose, como en mi sueño, por el camino, al que la luna había puesto plata brillante.

Mi montaña tenía vida a pesar de no ser pisada por los rayos del sol, a pesar de sus nubes eternas, de su gris enfermizo, de su carencia de redondeces.

Llegó la mañana y volvieron las nubes. Vi a mi padre pisar el polvo de la vereda, y lo vi alejarse despacio, como masticando, en cada una de las pisadas, las cenizas marrones de la tierra muerta; seguramente, cada una de sus pisadas, retumbaría en sus oídos como los golpes de un tambor en la lejanía, acompasados con los latidos de mi corazón expectante.

Días después, meditando sobre la hostilidad de la naturaleza, lo volví a ver: regresaba por el mismo camino con una muchacha cogida de su delicada mano, por la suya, hirsuta y fuerte. Era una mujer bellísima, en sus ojos estaba el azul que el cielo me negaba y sobre su pelo, el dorado de los rayos de sol que nunca podían traspasar las nubes. Su tez era pálida, pero poseía las irisaciones del nácar recién pulido. De los frunces de su vestido, se adivinaba un cuerpo con todas las redondeces de las que mi áspera montaña carecía.

Recuerdo aquel momento como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Siento que el tiempo no ha pasado; como si, desde aquel instante, hubiese sido atrapado por la infinitud del universo y, cogido por la no-existencia, pudiera vivir con mayor plenitud aquel segundo eterno. Fue efectivamente un segundo, como una ráfaga de sorprendente bienestar que te inunda por completo, que te llena de una satisfacción siempre deseada. Un espejismo fugaz, un espejismo que avista el oasis para el sediento viajero del desierto, que colma tu ilusión más añorada. Como si ese segundo, efímero – pero eterno -, pudiera calmarte la crónica ansiedad, y de ella, en ese mismo tiempo – milagroso tiempo – pasaras a la felicidad. Felicidad a secas, exenta de cuantos signos, verbos o adjetivaciones pudieran acompañarla. Simplemente, grandiosamente, sólo y nada más: felicidad.

Yo que había leído sobre el amor, que incluso bailé con él en mis encuentros con sus protagonistas, que lo viví en los más famosos amantes de la literatura universal, había encontrado mi amor, el mío propio, y había sentido – en ese instante eterno – la emoción del enamoramiento. Me había enamorado de nuevo, pero esta vez

no se trataba de la bella Julieta, ni de la princesa desdeñada, ni de la bella sirena, ni de tantas mujeres de las que me enamoré en mis lecturas, o en mis episodios vividos con ellas. Ahora me había enamorado de una mujer fabricada, tal vez por mí mismo, o, puede ser, por el espíritu de mi padre, que, desde allá donde estuviera, aún seguía velando por el hijo abandonado a la soledad en la montaña.

Enamorarse así, como yo lo hice..., alguien podría pensar que es lo mismo que enamorarse de un sueño. Pero el amor es un sueño en sí mismo, es algo intangible, que, aunque parezca que ha de concretarse en otra persona, nace en el interior de quien lo siente. Poco importa quién es la persona amada. El amor nace en el alma y se agranda o degrada en esa misma alma. Está ahí cuando por fin aparece el amado...¿quién?... Es muy posible que, el espíritu ávido de amar, ame a la primera persona en quien repose su atención. No, no creo que sea el otro quien nos enamore sino nosotros mismos los que respondemos a nuestros propios deseos. Indudablemente necesitamos al amado para sentir el amor, pero ese amado puede ser cualquiera, siempre que responda a nuestros propios ideales. Por todo ello, es inútil que alguien intente conquistar al que no tiene amor: ése podría derrochar el suyo, pero jamás sería correspondido... Yo me enamoré, posiblemente de un sueño. Mi alma había nacido al amor, o mejor dicho, el amor había nacido en mi alma y anhelaba encontrarse en la amada. Mi amada llegó de la mano de mi padre en aquella visión que aún recuerdo como si aquel instante aún perdurara.

Pasaron muchos días hasta aquel en el que pude conversar con mi fallecido progenitor. Apareció de nuevo en una tarde de primavera, después de que las lluvias de mayo hubiesen borrado los últimos rastros del blanco invierno. Era un día apacible. Unas pocas lanzas doradas habían roto la lona gris de mi montaña, y por el agujero blanco, penetraron miles de rayos de oro que, surgiendo de la desgarrada capa, inundaban el suelo de suave amarillo. Su purpurina brillaba a distancia sobre la ya verde almohadilla de la montaña, y, de las aristas rocosas, pulidas por las erosiones de la nieve, surgían destellos luminosos que sumían todo el paisaje en una alegoría de irisantes colores. Allí estaba mi padre, impávido, sereno, desafiando la lógica de las cosas. Me acerqué a él:

- Padre – le dije con voz vacilante, guardando para mí el miedo a que se desvaneciese con la misma impronta con la que había aparecido - ¿acaso vives más allá de las montañas?.

No me había atrevido a iniciar la conversación en el punto que verdaderamente me obsesionaba, y sin esperar su respuesta añadí:

- ¿Dónde has dejado a la mujer?

Mi padre guardó silencio. Un silencio que me pareció eterno, hasta que por fin irrumpió a hablar:

- Ignacio, querido hijo, contestar a tu primera pregunta es muy difícil, ya que difícil sería que entendieras que yo vivo en ti y solamente por ti. Tú me das vida y la engendras desde tus suspiros, desde tus sueños, desde tus soledades, desde tu amor. Desde ese amor que te inunda y te sobrepasa mucho más allá de las montañas y desde esas estrellas que casi nunca puedes ver.

Mi padre hablaba con voz severa, con un tono de autoridad que sobre mí produjo una desconcertante sensación de empequeñecimiento. Conforme hablaba, su talla se hacía gigantesca y yo me notaba embeber hasta sentirme casi nada en su presencia. Continuó:

– Soy parte del milagro del amor, de tu milagro.

Luego hizo una pausa, y, sin dejar de mirarme fijamente, añadió:

- La mujer que te presenté es tu gran amor. Sé que ahora – dijo, como adivinando mis pensamientos – me preguntarás que dónde puedes encontrarla... Está muy cerca de ti y sólo tú puedes hallarla si la buscas con amor y con esperanza.

Mi padre se fue al mismo tiempo que se cerró el agujero de la lona gris, se fue ya para siempre y nunca más volví a verlo.

En todas las noches del resto de la primavera apenas si pude dormir meditando las palabras de mi padre, a las que, por muchas vueltas que le di, no encontraba su verdadero sentido. Para mí eran tan enigmáticas como sus propias apariciones, pero tan reales como todas mis otras realidades. No podía entender – aún tan joven como era - lo del milagro del amor, y, menos todavía, la trascendencia del mismo.

Mis pensamientos se llenaban de contradicciones y, a mis propias preguntas, me contestaba con otras nuevas, hasta caer en el círculo vicioso de los interrogantes sin respuesta: “¿Estaba cerca de mí?... ¿Cómo no podía verla entonces?... ¿Dónde tendría que buscarla con esperanza, si la esperanza se disipa

cuando no se halla respuesta a las preguntas?... ¿Dónde tendría que buscarla con amor si no sé cómo es el verdadero?...”

Para mí, hasta ese momento, el amor sólo había sido un juego, al que jugaba con mis personajes en otros paisajes distintos al de mi montaña. Su realidad sólo la había vivido como un actor al que le prestan las palabras y los pensamientos y, aunque sintiera sus desdenes, jamás hasta ahora sentí su dolor. Desde la segunda aparición de mi padre, empecé a saber cómo era el verdadero amor. Lo sentía fuerte y pujante, anhelante, perentorio, como una necesidad que dolía en lo más íntimo de mi ser, agudo, desalentador, punzante... ¿De qué milagro hablaba mi padre, si no era de la pérdida de mi sosiego?... Había perdido, en efecto, la tranquilidad de mis días, y con ella la felicidad. La montaña se hizo más gris; más sola e inquietante mi soledad; más devastador el paisaje; más horribles mis pensamientos con tantas preguntas sin respuestas. Aquella esperanza, que surgió con las dos primeras apariciones de mi padre, se desvaneció con la última. Oteaba el corto horizonte buscando, de quien me dio y al mismo tiempo me quitó la felicidad y la esperanza, la respuesta a mis interrogantes. Empecé a odiar a mi padre, al tiempo que volvía a pensar que las montañas sin sol no tienen vida. Que mi montaña estaba muerta y que yo moriría con ella.

Es muy posible que llamemos milagro a todo aquello que el amor salva de la desesperación, a lo que surge de nuestra propia alma para salvarnos en los momentos más desolados, cuando parece que irremediablemente vamos a naufragar en el intempestivo mar de nuestro desasosiego: Días después de aquella triste ansiedad, que derrumbó mi mundo entero, cayeron en mis manos unos apuntes de mi padre en los que escribía cuentos sencillos, pero llenos de moraleja. ¿Milagro?, ¿casualidad?, ¿videncia alumbrada por mi mortal necesidad?... lo que fuese, no lo sé. Uno de aquellos cuentos, una fábula concretamente, me hizo comprender la trascendencia del amor. Mi padre había escrito un libro que jamás publicó y que había titulado “Historias de la Tía Luisa”. Trataba de una anciana – la tía Luisa – que en las postrimerías de su vida le contaba a él – mi padre, de joven estudiante e inexperto en el amor – cuentos y anécdotas que contenían la gran profundidad de esta sabia mujer. Transcribo, literalmente, uno de aquellos capítulos, aquel que, como un milagro, me devolvió la esperanza:

<< ... Por fin cayó la primavera sobre Las Mordinas. El campo se vistió

de fiesta engalanándose con sus mejores ropajes. Sobre el verde de los trigales, las amapolas, con su vestido rojo, salpicaron de motas los océanos de espigas que oleaban a la brisa en su vaivén de ondulaciones lejanas. Las riberas de los caminos se adornaron de margaritas y hasta los hinojos coronaron su verde pálido con coronas de amarillas flores.

<<Yo aprovechaba el alba para pasear su frescor por todos los senderos que me conducían hacia los primeros rayos del sol y me estremecía con el olor del tomillo. Después de una hora de caminata me gustaba sentarme en algún farallón de las barranqueras o en alguna atalaya de los montículos, colindantes al paisaje desértico, de arenas rojizas. Desde allí, contemplaba, hacia el nordeste, las inmensas parameras que se juntaban con el horizonte. Su aspecto lunar contrastaba con el vuelo de los alimoches que rompían el infinito con el planear de sus alas. Hacia el sur, estaban las tierras fértiles verdeando hacia el gris de la sierra. Estos contrastes, entre vida y desierto, entre inmensidad y finitud, me hacían meditar sobre las historias que me contaba la tía Luisa: en la paz de mi soledad mañanera, entre vuelos de pájaros, entre las caricias del vientecillo de la mañana y entre los aromas de la primavera, pensaba en ese dios de mi contertulia, ese dios que abarcaba todo el universo y cuyas leyes tenían la sola finalidad del bien universal. La contemplación de las rapaces o de otros depredadores de esas tierras, me reafirmaban en su teoría de la relatividad del mal como preludio de un bien mucho más superior. Hasta aquellas charlas con la tía Luisa, yo tenía una concepción cruel de la naturaleza, me costaba trabajo entender la depredación y muchas veces, al ver morir a inocentes animalillos, al enfrentarme a las injusticias de las sociedades humanas, me preguntaba qué clase de dios era mi Dios que consentía tales calamidades. En aquellas soledades desérticas empecé a comprender que la crueldad de los dioses era sólo la apariencia de una bondad infinita que se encuentra en el mismo contraste que existe entre el desierto y la fertilidad.

<<El nacimiento de la primavera en Las Mordinas cambiaba bruscamente su paisaje. Allí no había transición, de la crudeza de la estación fría se pasaba a la bonanza que hacía estallar el campo en vida multicolor con las primeras lluvias de abril, y, hasta el verde oscuro de los encinares, apagado en el invierno, se hacía brillante saludando los nuevos tiempos. Las empinaduras del valle se pintaban del blanco sonrosado de los almendros y de los acerolos y de la nieve de los cerezos. Nacía la primavera y después de mi paseo mañanero, aprovechaba sus mejores luces para preparar, en esos maravillosos fines de semana que pasaba junto a mi novia, los exámenes finales del curso.

<<Una de aquellas mañanas, cuando regresaba con el sol pisando el montículo, encontré a la tía Luisa sentada en una silla junto al borde del camino, a unos metros de su casa. Ni siquiera en el buen tiempo abandonaba su pañuelo negro y su media manta que arropaba su eterno luto por el marido desaparecido. Ese atuendo que yo había visto en mi niñez en mi pueblo, ya en ese tiempo era extraño, por lo que, después de saludarla, no pude evitar comunicarle mi extrañeza de que una mujer tan sabia, con una filosofía optimista, conservara aún tal costumbre que ya, en la mayoría de los lugares, había sido desterrada.

<< - El luto es por mi marido, por mi querido Paco - me contestó - y aunque sé de su estado de bienestar, y, aunque estoy consolada por su

propio testimonio, el color negro representa mi renuncia a un mundo en el que él no está. El negro me mimetiza con la ausencia de su luz porque aunque el sol entre a raudales por las ventanas de mi casa, aunque me bañe en sus rayos, en mí sólo habrá oscuridad hasta el mismísimo instante en que me reúna con él. El negro, que es capaz de absorber toda la blancura que desparrama la luz del cielo, arropa los sentimientos enriqueciendo el mundo interior y me preserva de morir mientras viva; saludando diariamente el recuerdo del que más quise y más quiero, protegido en mi cabeza por la pañoleta, sobrevivo a mi propio destino.

<< - ¿Conoces la vida de los topillos que excavan galerías en las profundidades del campo? - me interrogó y sin esperar respuesta continuó - se encierran en la negrura de los subterráneos para poder sobrevivir protegidos de la luz que los mata.

<< - Cuenta una leyenda muy antigua que, en otros tiempos, los topos vivían al aire libre y podían disfrutar del sol y del viento y recibir las gotas de lluvia para que resbalaran sobre sus grises pieles. Los topos eran dueños del día y de la noche porque lo mismo sabían vivir en la oscuridad de sus casas subterráneas que en las cúspides de los árboles más altos. Bajo tierra, competían con las lombrices con las que jugaban al escondite. En la superficie, emulaban a las ardillas con las que echaban carreras al trepar por los troncos y ramas de los árboles. Los topos vivían felices con su doble vida de luz y de tinieblas.

<< - Un día, uno de ellos, un jovencito, se enamoró del Sol. Pasaba el día dejándose acariciar por sus rayos y al atardecer, se subía a la punta del ciprés más alto para despedirse de su luz. La noche, para él, era atroz, ya que en la ausencia de su amado todo era frío y oscuridad. Frío en el cuerpo y en el alma y oscuridad en sus sentidos y en el pensamiento. Se sentía morir, no sólo en las largas noches del invierno, sino incluso en los días nublados cuando su querido astro se escondía entre los nubarrones del cielo.

<< - A tal grado llegó su desesperación por las cortas ausencias de su amado - continuó narrando la tía Luisa - que decidió consultar con algún sabio para ver si había alguna forma de poder estar siempre con su ser más querido.

<< - Caminó durante muchos días y muchas noches, anduvo todos los caminos sin descanso, corrió toda clase de peligros, ya que tuvo que atravesar ríos caudalosos y montañas cubiertas de hielo, saltar por entre los riscos que sobresalían de las simas profundas... Pero mereció la pena ya que, al cabo de esas muchas jornadas, en un atardecer, cuando su amado se convertía en bola roja que teñía del mismo color las nubecillas, vio la silueta de un pájaro que parecía llegar desde el Sol. Alzó la voz y lo llamó:

- *Amigo pájaro - le dijo - ¿vienes de visitar a mi amado?*

- *Bueno - le contestó el pájaro dándole importancia - he estado cerca de él.*

- *¡Ah!. Dichosos sois los pájaros, todas las aves que surcáis el cielo con vuestras alas, vosotros podéis seguir al amante. Decidme, ¿es tan cálido en la noche como en el día?... yo nunca he podido estar con él en la noche... porque para dormir se va tras las montañas antes de que llegue la oscuridad y por mucho que lo*

intento, jamás logro alcanzarlo... ¡si pudierais prestarme vuestras alas!...

- Nada conseguirías, amigo topo, - le contestó el pájaro - porque al Sol solamente se le puede poseer de una manera.

- ¡Por favor, dime cómo! - interrumpió el topo con ansiedad - no tengo otro deseo mayor que poseer para siempre a mi amado.

- Es muy peligroso

- le contestó el pájaro –

y tendrás que renunciar para siempre

a las luces más tenues,

a la de las estrellas y a la de la luna...

pero si ese es tu mayor deseo,

te lo diré.

Tendrás que renunciar

a ver a tus seres queridos

y ya jamás podrás ver

a los hijos que el futuro te brinde.

... Pero si ese es tu mayor deseo,

te lo diré.

Ya nunca podrás jugar con las flores en la primavera.

... Pero si ese es tu mayor deseo,

te lo diré.

No podrás volver a trepar a los árboles

ni a jugar con las ardillas.

... Pero si ese es tu mayor deseo,

te lo diré.

Te lo diré amigo topo,

pero piensa bien lo que vas a hacer.

*- He afrontado miles de peligros
para llegar hasta aquí.*

¿Cómo me va a importar otro

si la recompensa puede ser infinita?

... amigo pájaro, dímelo con prontitud

y siempre te estaré agradecido...

¡Qué importa que pierda la luz tenue

si poseo la luz de la luz!....

¿Qué importancia puede tener

no poder ver a mis futuros hijos

si estoy junto al que más amo?...

¡Qué no puedo jugar con las ardillas,

qué mas da,

*si puedo jugar con los destellos de mi amado!...
amigo pájaro, dímelo con prontitud
y siempre te estaré agradecido.
Dímelo, amigo pájaro,
que ya lo tengo bien pensado.*

- Has de subirte a un lugar muy alto, el más alto posible y desde allí mirarás fijamente al Sol durante mucho más tiempo del que puedas aguantarlo. Te prevengo, querido topo, que tu sufrimiento será muy grande, pero te aseguro que no hay otra forma de cazar para siempre al esquivo astro.

<< - El topo hizo aquello que le dijo el pájaro - continuó la tía Luisa - y sus ojos quedaron para siempre cerrados a su mundo exterior, pero a cambio de ello una fuerte luz los iluminaba con tanta intensidad, que no permitía otra visión distinta que luz blanca y portentosos destellos. Gracias a ello, aquel animalillo, pudo sobrevivir a su amor obsesivo. Amó tanto que se aisló del mundo para darle su vida a su amado...

<< Durante un buen rato la tía Luisa guardó silencio, como meditando en la fábula del topo y luego continuó:

<< - Es muy difícil saber qué fue de los topos de otras tierras, pero los que viven por estos contornos, son descendientes de aquel amante topillo, por ello tienen que vivir encerrados en sus galerías ya que no pueden, en el exterior, defenderse de los zorros ni de las comadreja que los están acechando siempre.

La lectura de estos párrafos me dio una nueva dimensión de mi padre. A través de estas líneas llegué a conocerlo mucho mejor y, lo que es más, llegué a ver su alma profunda, a entenderla mucho más allá de la apariencia. Mi padre como el topo, había buscado en su retiro, en mi montaña, el refugio de sí mismo. Como la tía Luisa, había comprendido que el amor estaba tan dentro de nosotros, que había que preservarlo de las nefastas influencias externas que sólo logran perturbarlo, distorsionarlo y por último destruirlo. Mi padre como la tía Luisa, se había envuelto en su pañoleta negra para guardarse muy dentro el gran amor de su vida. Había dejado todo, se había retirado del mundo nada más nacer yo. Quiso encerrar el amor que profesaba a mi madre en lo más dentro de él mismo para que nada ni nadie pudiera desfigurarlo: al morir su esposa, dejó su cátedra y se refugió en el gris de la montaña, se hizo construir una casita junto a las pocas tierras de labor existente, y creo, - yo así lo vi siempre -, que vivió feliz hasta su último día.

Con la nueva perspectiva del cuento, volví a reflexionar sobre las palabras de la última aparición de mi padre, y, aunque volvían a surgir las mismas preguntas sin

respuesta, la esperanza renació alentada por la perseverancia del topillo, que lejos de sentirse vencido ante las dificultades de encontrar a su amado, lo buscó hasta su propio sacrificio. Como decía el protagonista de la fábula, “la recompensa puede ser infinita”.

Medité y decidí al mismo tiempo: “He de buscar a mi amada y allí donde esté, estoy seguro que la encontraré”.

- ¿Por dónde empezar? – me decía – Según mi padre, mi amada está muy cerca de mí:

- Agotaré todos los senderos;
cuando se acaben
subiré a todos los riscos,
exploraré las cuevas,
en cualquier centímetro de tierra
buscaré.
Si es preciso,
todos los océanos
surcaré,
a las profundidades de las simas marinas
bajaré,
entre las algas
escrutaré.
Allí donde esté mi amada,
la encontraré.

Así empezó, desde aquel día, mi peregrinar por el mundo. Confiado a la providencia, sólo cogí un saco de dormir, un trozo de pan y un queso. Con las mismas ropas que tenía puestas y con el dinero de algunos ahorros, comenzó mi aventura.

No sé si se había apoderado de mí la locura, aunque... no, no lo creo. El amor nos lanza hacia caminos imprevisibles y desaconseja el razonamiento. Amor y

razón son enemigos irreconciliables, aquello que el amor ensalza, la razón lo repele, pero afortunadamente el primero domina sobre la segunda, mejor dicho, la anula porque el amar es primario, básico en nuestra condición humana, nuestro principal alimento espiritual, el motor que anima nuestro ser. Sólo amando se puede sentir la pujanza del yo que se diluye en el infinito de toda la existencia. Amar es vida y es muerte al mismo tiempo, felicidad y sufrimiento, placer y dolor. Sólo el amor glorifica nuestra animalidad y nos convierte en seres distintos al resto de la naturaleza. Esa naturaleza – exterior e interior a nosotros - que no nos perdona el gran privilegio de ser amantes y amados, y, cruel, vengativa, se ensaña con la mayor de las hostilidades para que naufraguemos en nuestra propia condición. Naturaleza que quiere exhibir su triunfo, el del desamor, a toda costa... No es verdad que es el amor el que nos hace sufrir y llorar, ello es sólo apariencia, el amor sólo produce gozo: lo que nos hace padecer es esa horrible discordia que, en cada paso de nuestra búsqueda, exhibe, inmisericorde, su atroz agresión en lo más sensible de nuestro mecanismo, en la esperanza. En amor sólo duelen los titubeos de la esperanza, el desaliento, el desánimo y la postración. Sólo causa dolor el tiempo, que mina lentamente la ilusión y el deseo de esperar; es el arma más cruel con la que la naturaleza esgrime su hostilidad; el más implacable enemigo, el único capaz de doblegarnos en nuestro sufrimiento y vencer definitivamente al amor.

Yo fui feliz mientras anduve por los caminos polvorientos, borrachos de sol o de luna; cuando, físicamente cansado, me senté al pie de cualquier encina o a la sombra de cualquier matojo. Cuando me adormecí sintiendo, como un vaho suave, la brisa de los bosques; cuando escuché sus canciones de hojas mecidas por el vientecillo de la noche; cuando dormí al arrullo de sus silbos. Fui dichoso cuando la tormenta desató sobre mí su furia; cuando, empapado de sus frías aguas, no encontré refugio; cuando creí ser arrollado por las torrenceras que rugían estrepitosas, potentes, queriendo arrastrar todo a su paso. Cuando las lanzas del sol hirieron mi cuerpo con su punta abrasadora, yo fui venturoso; y lo fui, cuando mis pies, ensangrentados por las largas caminadas, no quisieron descansar. Fui feliz en todos los momentos, en el dolor físico y en la bonaza, en las fatigas y el sosiego... La esperanza de mi amor me hacía feliz.

Tanto el día como la noche fueron mis aliados, porque con luz, o en la oscuridad siempre tenía presente aquella imagen de la mujer que un día, ya lejano – en el tiempo, que no en mi pensamiento – me presentó mi padre. Cuando el cúmulo de

adversidades, con su terrible guadaña amenazaba mi esperanza, allí estaba ella, vestida de blanco con sus ojos de cielo fijos en mi mirada, allí estaba aventando su rubia cabellera, con su sonrisa suave, con su tez pálida, impertérrita. Yo la miraba y, sus ojos zarcos, puros, como el agua del venero, fresca y cristalina, rebautizaban mi espíritu de un aliento que rompía mi cansancio y mi desasosiego. Ella me daba fuerzas para continuar con mi búsqueda.

En mi andar por el mundo, conocí a muchas mujeres y, en la mayoría de ellas, quise ver la imagen de mi amada. No es que se parecieran físicamente, (tal vez eran muy distintas), sino que tenían algo que sin saber qué, me la recordaban. Eran mujeres que me atraían, por las que, con sólo verlas, sentía un algo muy dentro de mí que me arrojaba a sus brazos. Así, amé y fui amado por muchas, muchas mujeres. Reposé en muchos, muchos pechos distintos. Bebí el dulce néctar de la pasión en muchos regazos. Pero... eran "amores" temporales, fugaces y..., poco a poco, con la lentitud de la bonanza, iba desvaneciéndose en ellos la imagen de mi amada, diluyéndose en sus concreciones pasajeras, al mismo tiempo que se volvía más nítida en mi pensamiento, en mi memoria de aquel segundo eterno que, hoy, aún pervive.

Durante muchos años, fui seducido por aquella imagen que se concretaba en las mujeres a las que amé. Que amé con toda mi alma. Mujeres a las que amaba, porque en ellas se encarnaba la imagen de mi amor. Si se piensa bien, parece desvarío. Parecería desvarío toda mi vida consumida en el amor a una imagen de mi pensamiento que al mismo tiempo encarnaba personalidades muy distintas, cuerpos diversos y... hasta rostros distintos. Yo sé que no fue locura y, tal vez, aquella mujer que siempre he tenido en la imaginación, la que tanto busqué y encontré en otras mujeres, era la esencia del amor, la idea del amor. Posiblemente, era el amor mismo que nace en nuestro interior - puede que como un pensamiento que sutilmente se va apoderando de nuestro ser -. Posiblemente, la sombra, de la que nos habla Platón, en la que reconocemos, mejor dicho, la que nos hace reconocer todos nuestros verdaderos amores.

Hoy, viejo ya y cansado, he regresado a mi montaña. Decrépito por el paso de los años, mi andar se ha hecho pesado y cansino, pero ese caminar lento, anima a los pensamientos nítidos. Mis ojos, ya casi cerrados por la vejez, dan claridad a las ideas, y la oscuridad del cuerpo se contrarresta con la luz del alma. Como el topo del cuento de mi padre, veo poderosos destellos del pensamiento que me hacen vislumbrar muchos de los secretos del alma. Sé que no he perdido mi vida vagando por

todos los países del mundo; en todos ellos he encontrado a mi amor, en todos ellos he reconocido a mi amada, he sido feliz y lo sigo siendo, porque he sabido conservar el tesoro más importante que pueda poseer un hombre: el amor.

Aún lo conservo, aún está dentro de mí y seguirá en mí hasta mi muerte, a la que ya espero impaciente. La espero porque siento que he cumplido mi fin en este mundo: he amado y he sido amado.

La montaña sigue siendo gris, pero también sé que no es necesaria la luz potente del sol para que las montañas tengan vida. Mi montaña vive. Vive tras la sombra del amor que me ha acompañado por todos los caminos de la tierra, y, ahora, en mi montaña, todos los días son primavera, como aquel en el que apareció mi padre con la mujer de la mano. Durante mi ausencia han crecido las madre selvas que inundan las tapias de mi casería, de modo que el blanco se ha mudado en verde, para que no se noten, sobre el alba de los muros, los desconchones marrones de la vejez.

El autor



Antero Jiménez Antonio, nació en Torredelcampo (Jaén). Hizo en Granada la Licenciatura en Ciencias en la rama de Química Pura. En la actualidad es profesor de Física y Química en el I.E.S. "Virgen del Carmen" de Jaén.

Hijo del "Poeta de Torredelcampo", como así era llamado Antero Jiménez Sánchez, ha heredado de éste su sensibilidad convirtiendo la escritura en la gran pasión de su vida. Desde muy joven ha cultivado la literatura, ganando su primer premio literario en el Colegio de los Hermanos Maristas, en el que estudió el Bachillerato, lo que ya apuntaba su gran vocación.

Como su padre, se deleita en el paisaje y lo describe, tanto en verso como en prosa, en poemas cortos que desembocan en semblanzas líricas. Algunos pasajes de sus novelas son verdaderos poemas en prosa, sobre todo cuando trata de describir esos paisajes con los que Antero Jiménez se siente identificado.

Además de los libros de los que es autor, Antero Jiménez Antonio ha publicado en revistas, como "Camino Viejo" y en el periódico "Jaén". En antologías compartidas, como Claustro Poético, editado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén. En libros editados por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía a través del CEP.

PREMIOS LITERARIOS RECIBIDOS

- Antero Jiménez Antonio, fue **reconocido como escritor por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía** en noviembre del 2003.
- En el año 2004 fue premiado en el **certamen literario "María Zambrano"**

NOVELAS PUBLICADAS

- **El Jardín de las Ardillas**: Primera edición año 1996, segunda edición año 2001. (Actualmente están agotadas estas ediciones).
- **Anagnórisis o el Amor Olvidado**: Primera edición año 2003, segunda edición año 2004.

LIBROS DIDÁCTICOS PUBLICADOS

- **Introducción al método Científico**
- **Niveles de Organización del Ser Vivo**
- **Fundamentos de la Estructura de la Materia**
- **Estructura de la Materia**
- **A la búsqueda de tu Aprendizaje**
- **El Método de la Ciencia**

OBRAS DIDÁCTICAS PUBLICADAS EN COLABORACIÓN

- El Régimen de Estudios Nocturnos: Un Subsistema Necesario
- S.P. Para la Ampliación de los Diseños Curriculares a los Estudios Nocturnos

Páginas Web:

<http://personal.telefonica.terra.es/web/jardinardillas/> y <http://www.supercable.es/~bantero/>